

LA CRÓNICA DEL PRÍNCIPE DE VIANA: UN RELATO PARA UN REY SIN REINO

Julia PAVÓN BENITO

jpavon@unav.es

Qué duda cabe que, dentro del marco historiográfico peninsular, y por extenso europeo-occidental, la memoria historiográfica medieval vinculada al reino pirenaico de Navarra se presenta comparativamente escasa, y un tanto singular. Es posible que esta “pobreza” pueda ser vista en el sentido cuántico ya que, aunque la parquedad de los textos navarros hoy en día sigue siendo evidente, los contenidos muestran una copiosa y sutil información para conocer la historia y la imagen del reino a distintos niveles.



Representación del Príncipe de Viana en Olite.

Hablar sobre la memoria bajomedieval navarra, por otro lado, requiere una atenta consideración de la obra de Carmen Orcástegui. Durante los años setenta, y en estrecha vinculación con la preparación de su tesis doctoral acerca de la Crónica de los reyes de Navarra del príncipe de Viana, que leyó en 1975, procedió a escrutar las fuentes utilizadas por Carlos para la composición de un relato, hecho por y para unos fines legitimistas. De esta forma, la investigación, se detuvo sobre los antecedentes que conformaron la memoria histórica propia del reino durante la etapa de consolidación de la casa de Evreux, esto es sobre la Cró-

nica de los Reyes de Navarra, de García de Eugui y la Crónica de Garci López de Roncesvalles. La investigación, dirigida por José M^a Lacarra y seguida con un vivo interés por A. J. Martín Duque, acabó por sacar a la luz la edición crítica, en unos pocos años, de estas tres composiciones históricas.

LA CRONÍSTICA BAJOMEDIEVAL NAVARRA

La historiografía navarra bajomedieval comenzó propiamente a finales del siglo XIV con los trabajos de García de Eugui y Garci López de Roncesvalles, ya que las tradiciones históricas y dinásticas anteriores —del siglo XII y XIII—, además de exiguas o parciales, estuvieron ceñidas a una corriente de compilación nominal y hereditaria dinásticas. Tras estas breves informaciones hubo de esperarse a los últimos años del siglo XIV para que surgiera una narración historiográfica propia o nacional, con rasgos muy similares a la realizada en las cortes castellana y aragonesa. Fray García de Eugui (†1408), agustino de origen navarro, confesor y consejero de los monarcas Carlos II y Carlos III, escribió la que se considera como primera crónica navarra, al superar la mera estructura de anales reales, aunque sin llegar a la categoría de las obras de los otros reinos hispanos.

Esta Recuenta de la genealogía de los reyes de Navarra, se dispone, como apéndice de su Crónica General de España, (f. XIV), siguiendo la historia del reino a través del tronco familiar de sus soberanos, desde Iñigo Arista hasta Carlos II en 1387. La crónica de Navarra, en suma, se acomoda a modo de epílogo; esto es, se concibe como la parte de un todo y adaptando la organización genealógica, de gran eficacia política. El interés de la obra estriba no sólo en su originalidad dentro del panorama historiográfico navarro, sino en que da entrada a un buen número de relatos de ficción, de los que se desconoce la fuente. Dichos episodios constituyeron, con gran probabilidad, las tradiciones literarias de unos capítulos de la historia navarra, y también peninsular, imaginadas y consuetudinadas en el entorno cortesano.

La estrategia y objetivos narrativos de Eugui, fueron renovados por Garci López de Roncesvalles (†1437). Este último, tesorero de Carlos III desde 1403 y de condición laica, sería el primero en articular un texto histórico particular del reino, y en dejar atrás los moldes de los meros memoriales históricos. Su historia, que abarcaba desde los orígenes del reino hasta esa última fecha, versó especialmente los reinados de Carlos II y Carlos III, para los que contó con abundantes fuentes directas, cronísticas, archivísticas y orales. Asimismo, su propuesta fue concebida como una unidad intelectual que recuperaba el pasado de una monarquía, que no sólo regía los destinos de un solar navarro, sino que estaba comprometida a guardar los fueros, husos y buenas costumbres. Esta coherencia del relato, se aprecia en la estructura de la obra, ya que el texto comienza y termina, aludiendo y copiando, respectivamente, el juramento real.

Esta crónica, encargada probablemente por el propio Carlos III, fue ideada para prologar el volumen de los registros de Comptos que correspondía al año 1404, aportando un toque de originalidad y en el fondo un rasgo distintivo. Garci López, un hombre del entorno cortesano, recalca la vinculación de las dinastías navarras bajomedievales con Francia, origen de su alicurnia noble, además de introducir y basar una gran parte de su planteamiento narrativo a partir del texto del juramento de los monarcas para su alzamiento. Con ello la justificación política de la presencia de la casa de Evreux se mostró como eje vertebrador de la obra, dando a entender que la identidad del reino queda garantizada tanto por las raíces regias —en este caso— francesas, como por el compromiso o juramento del Fuero ante las fuerzas vivas de Navarra.

La labor de estos primeros historiadores marcaría profundamente la tradición historiográfica, ya que estos textos fueron fundamentales para la redacción de la obra en tres libros del Príncipe de Viana, escrita hacia 1454. Al margen de la recreación de leyendas y del gusto por los episodios heroicos, dichos re-

latos se caracterizaron por glorificar a la estirpe real y legitimarla como rectora natural de Navarra. Por tanto, la estabilidad y la relación contractual entre el rey y el reino, entre Teobaldo, Felipe o Carlos y los nabarros, hilvanó la estructura de unas obras nacidas para afirmar la legitimidad de una dinastía ultrapirenaica sobre este reino hispano.

LA CONSTRUCCIÓN E IMÁGENES DEL PASADO: LA CRÓNICA DEL PRÍNCIPE

Cuando hacia 1454, Carlos, el príncipe de Viana, materializa el plan de composición de una crónica de la historia y reyes de Navarra cuyo heredero soy y espero a regnar, según constata en su conocido prólogo, llevaba años de intenso pulso con su padre. De sobra se conoce un conflicto dinástico y político —alimentado por las ficciones coetáneas y más modernas—, en el que la temprana desaparición de su madre, Blanca, y la interpretación de su testamento (1441), ensombrecieron sus posibilidades de ejercicio del poder como legítimo heredero, ante una figura paterna, longeva, de origen castellano y situado desde 1458 en el trono aragonés; hablamos de Juan II.

La prisión del príncipe, tras la batalla habida en las cercanías de Aibar, en otoño de 1451, avivó la llama de los primeros compases de una lid que se extendió en diversos grados por todo el territorio navarro hasta 1461; un conflicto que enmascaró tensiones sociales por todo el reino. Su prisión itinerante (Tafalla, Tudela, Mallén, Monroyo y Zaragoza), a la que le acompañaría el conde de Lerín y condestable Luis de Beaumont, hasta junio de 1453, le imprimió a Carlos una profunda huella, propiciando la redacción, dentro de su círculo de consejeros, de un relato histórico que cerraba el ciclo iniciado por su abuelo: una crónica que recreaba la historia de su linaje justificando su derecho a reinar.

La obra promovida y dirigida por el príncipe, y cuya autoría podría atribuirse a Pedro de Sada, doctor en leyes vicescanciller del príncipe, también posee un gran valor



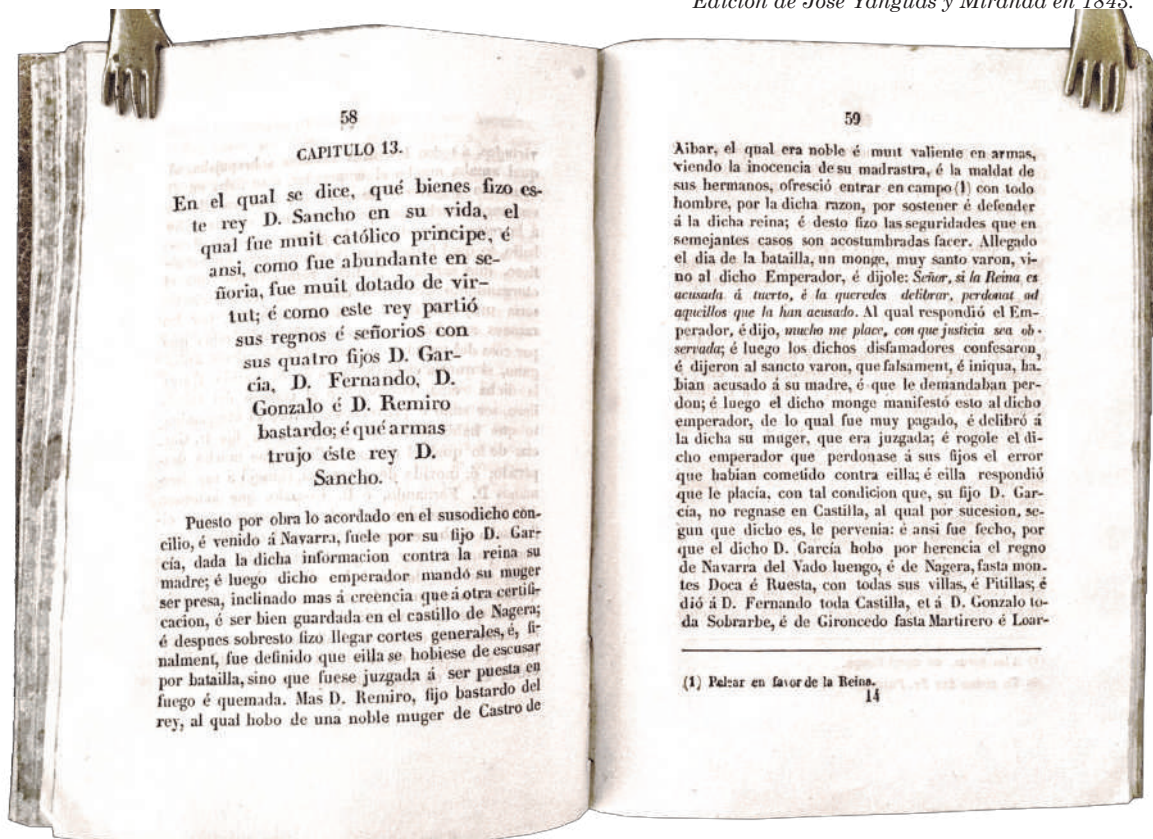
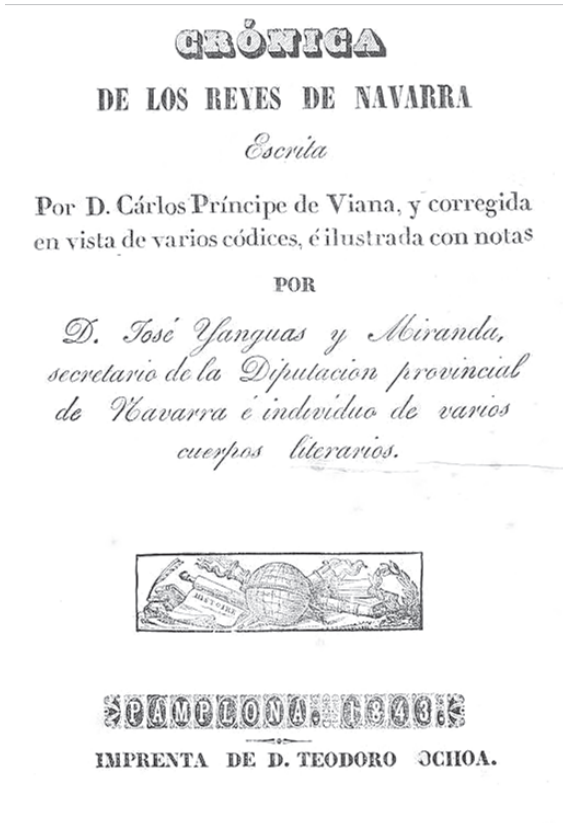
Príncipe Viana en una litografía de 1854.
Autor: Santiago Llanta

historiográfico, al margen de su intencionalidad política. Como fruto de su tiempo y bajo la influencia de las dos crónicas precedentes bebió de los modelos históricos de Rodrigo Jiménez de Rada, del corpus alfonsí y más tarde de Pedro López de Ayala, para Castilla, y del ciclo de las

“cuatro grandes crónicas” (Jaime I, Pedro Desclot, Ramón Muntaner y Crónica de Pedro IV), para Aragón. Su hilo argumentativo, entroncado con el contexto histórico, se apoyó inicialmente en superar el modelo cronístico, ampliando sus recursos de transmisión y legitimación dinásticas a través del detalle del gobierno y sus circunstancias. Por otro lado, y en muchos casos, este recurso de conexión entre el pasado y el presente marcó un afán marcadamente propagandístico, en sintonía con el contexto político, recalcando así su compromiso con la casa real a la que pertenecía. De hecho, no dudó en incluir historias fabulosas de compilaciones anteriores, probablemente como fruto de las tradiciones de los círculos familiares y de la corte.

Navarra, con esta propuesta histórica, se equiparaba al resto de los reinos hispánicos, ya que, desde los albores de la reconquista también fue dotada de identidad política, como señala el prólogo de Carlos de Viana: et tu Navarra, no consentiendo que las otras naciones de Espanna de yogoalen contigo en la antiguidat de la dignitat real ni en el triumpho e merescimiento de fieles conquistas. El texto introduce también una mayor profusión en la concepción de la trama histórica del reino, al retrotraer a la antigüedad el sustrato común de estas tierras, procurando asimismo dar un giro al plan ideado por el confesor y consejero precedentes.

Edición de José Yanguas y Miranda en 1843.



La crónica, como proyecto historiográfico de gran envergadura, se divide en tres partes o libros:

- I. De los primeros pobladores de España a la unificación de Navarra y Aragón en 1076; incluye una copia del Fuero General de Navarra (cap. 5).
- II. Del año 1076 a 1234. De la unión con Aragón a la muerte de Sancho el Fuerte.
- III. Del año 1234, con el advenimiento de la dinastía Champañesa al reinado de Carlos II (1349).

De la misma forma, el proyecto se extiende sobre algunos de los acontecimientos clave que acompañaron a la historia de corte oficialista de las obras que le precedieron. Por ejemplo, cuando se comienza el tercero de los libros, y más en concreto a partir del fallecimiento del último de los condes de Champaña, se detallan episodios como la guerra de la Navarrería, en la que también tomó partido Castilla (Lib. III, cap. 7-10), bebiendo específicamente del poema de Guillermo de Anelier. Estas pormenorizaciones tomarán como referencia, a partir de la instalación de la casa de Evreux —desde el capítulo dieciséis— casi al pie de la letra, la narración del tesorero Garci López de Roncesvalles. No hay argumentación original ni propia en ninguno de los incidentes, de forma que cabe pensarse que cincuenta años después, el nieto de Carlos III, había heredado, con las lógicas matizaciones, la imagen y el concepto de las relaciones diplomáticas construidas en tiempos de su abuelo Carlos.

Además de las fuentes mencionadas, se sirvió de obras como el Liber Regum, el Libro de las Generaciones (refundición ampliada del anterior), Lucas de Tuy y, posiblemente la Crónica navarro-aragonesa o Crónica de los estados peninsulares, así como de la Crónica de San Juan de la Peña de Aragón. Entre los textos franceses, conoció la Gestae Regine Blanche, que apareció en su biblioteca, el poema de Guillermo de Anelier y también la obra de Guillermo de Nanguis y de Joinville. Según ha estudiado Carmen Orcástegui, la crónica, en su origen, debió ser objeto de dos planes y dos redacciones sucesivas, contando también con documentos de la Cámara de Comptos y de otros lugares del reino.

De la obra, que en cierta forma quedó inconclusa, ya que inicialmente abarcaba el reinado de Carlos III (lo que hubiera sido un cuarto libro), se conservan abundantes y variados manuscritos contaminados y desvirtuados. Los copistas, por descuido o por ignorancia, fueron acumulando omisiones y malas lecturas oscure-



*Crónica de Ávalos de la Piscina.
Procedencia de la imagen: Universidad de Navarra.*

ciendo el texto original, como hizo poco después el cronista Diego Ramírez Ávalos de la Piscina en algunos de sus fragmentos.

APUNTES FINALES

Este breve recorrido por la crónica bajomedieval navarra, focalizando la atención sobre la crónica del Príncipe de Viana reafirma, en primer término, la tesis elaborada y manejada entre los especialistas que muestra que este repertorio histórico fue ideado dentro de un proyecto de afirmación política e ideológica de la casa de Evreux. A nivel conceptual, la crónica de Carlos, se insertaba conscientemente en una historia lineal del reino que arrancaba desde los orígenes cristianos. Con ello, al rescatar el pasado, y teniendo en cuenta no sólo la influencia metodológica de historiografía hispana del pleno medievo, se pretendía transmitir el mensaje de la continuidad de una casa reinante, de un linaje, el concreto el de los Evreux ante los Trastámara.

Mientras que en el resto de la península no hubo cesuras políticas que influyeran tan profundamente sobre la producción historiográfica, en Navarra tuvieron lugar una serie de acontecimientos que mermaron esa capacidad de conjugación propia del pasado para el presen-



*El Príncipe de Viana en el Castillo de Monroy.
Grabado de Juan Serra, hacia el año 1900.*

te. De manera que, cuando a finales del siglo XIV, un fraile agustino y confesor real, respectivamente, hilvanan y ponen por escrito una crónica general con un apéndice, recuenta genealógica, de la historia navarra, los modelos habían variado sustancialmente con respecto a la tradición contextual y propia de las centurias anteriores.

Bajo este influjo de los planteamientos de los nuevos proyectos memorísticos “nacionales” y, en muchos casos, autobiográficos, la “historia navarra” de la crónica del príncipe, tomará como referencia el realismo político, instrumento adecuado para la intencionalidad de su obra. De hecho, no es casual que su proyecto incluyera las dos cartas que en 1305 se remitieron a Felipe IV de Francia para que entregase el trono de Navarra a su hijo Luis señor natural nuestro, vuestro primogénito e heredero de la muy escalrecida senhora don Johana, vuestra mujer, Reyna de Navarra. Y también, además de copiar el Fuero General de Navarra, se copiase el texto del juramento prestado por Felipe Evreux y doña Juana (1329, 5 de marzo) en el que se limitaban las atribuciones del rey consorte. Las cláusulas señalaban que el hijo mayor de ambos que alcanzase los 21 años sería su “rey natural”. En suma, el relato sancionaba el depósito soberano natural en la persona de Carlos, un príncipe sin reino.

**PRE
GON**

BIBLIOGRAFÍA

ORCÁSTEGUI GROS, Carmen, *Crónica de Garci López de Roncesvalles. Estudio y edición crítica*, Cuadernos de Trabajo de Historia-Universidad de Navarra, Pamplona, 1977.

—, *La crónica de los reyes de Navarra del Príncipe de Viana. Estudio, Fuentes y Edición Crítica*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1978.

—, “La memoria histórica de Navarra a fines de la Edad Media: la historiografía nacional. Homenaje a José María Lacarra”, *Príncipe de Viana*, año 47, anejo 2, vol. I, p. 591-606.

LACARRA, José María, *Historia Política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación Castilla*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1973, vol. 3.

RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa, y TAMBURRI BARIÁIN, Pascual, *El Príncipe de Viana*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 2001.

La autora es catedrática de Historia Medieval del Instituto Cultural Sociedad, de la Universidad de Navarra.

